



AFECTOS POLÍTICOS: UN RECORRIDO HACIA SU DIMENSIÓN ÉTICA

Tomás Mosquera Restrepo

Trabajo de grado de maestría presentado para optar al título de Magíster en Psicología y Salud
Mental

Asesora

Maria Paula Valderrama López, Doctora en Ciencias Sociales

Universidad Pontificia Bolivariana
Escuela de Ciencias Sociales
Maestría en Psicología y salud Mental
Medellín, Antioquia, Colombia
2026

Resumen

El presente artículo desarrolla una revisión teórica orientada a interrogar la centralidad de los afectos en la experiencia política contemporánea y su incidencia en la constitución subjetiva y en la organización del lazo social. La contextualización del problema se realiza a partir de escenas contemporáneas: la pandemia de la COVID-19, la crisis climática, los conflictos bélicos y la circulación de desinformación, considerados materiales discursivos que permiten ilustrar modos actuales de producción y circulación de afectos en el espacio público. El objetivo de la investigación es interrogar qué afectos políticos, como la vergüenza en este caso, permite dar cuenta de una dimensión ética del sujeto en la contemporaneidad.

Metodológicamente, el trabajo adopta un enfoque de revisión teórica con orientación hermenéutica, que articula la lectura conceptual de textos fundamentales con el análisis interpretativo de dichas escenas como soportes de problematización. La investigación se inscribe en el cruce entre la filosofía política de Hannah Arendt y el psicoanálisis, a partir de los aportes de Freud, Lacan, Dossena y Colette Soler. Desde esta perspectiva, los afectos son concebidos como efectos de discurso, vinculados a procesos de identificación y a la posición del sujeto frente al Otro.

Los desarrollos conceptuales permiten señalar que ciertos afectos políticos se articulan a modalidades de adhesión a los mandatos del discurso dominante, mientras que otros posibilitan una interrogación ética sobre los efectos subjetivos de dichos discursos y sobre la responsabilidad del sujeto en el lazo social. En este sentido, el artículo propone una lectura de la vergüenza y de su desplazamiento contemporáneo hacia el impudor como afectos que permiten pensar la articulación con las nociones de discurso y política, poniendo en el centro al sujeto y su posición ética.

Palabras clave: política, afectos, discurso y sujeto.

Introducción

En la contemporaneidad, el contexto político a nivel global se ha visto permeado por los mandatos de políticos de turno que enmarcan dinámicas sociales como efectos derivados del lenguaje que emplean. Este fenómeno se evidencia de una manera más notoria a partir de la pandemia del COVID-19, en donde surgieron afectos que atravesaron a la humanidad. Este artículo propone una reflexión teórica que articula aportes del psicoanálisis y del pensamiento político contemporáneo para examinar el lugar de los afectos en la configuración del lazo social y en las formas actuales de la experiencia política.

López de Mesa C. (2021) analiza los cambios y la nueva dinámica social en el mundo contemporáneo a partir de la pandemia. La dinámica geopolítica se enmarca inicialmente en los ires y venires de las relaciones de Estados Unidos con países que pugnan como potencias emergentes, signados por fricciones encarnadas en sanciones mutuas dirigidas a restringir flujos de bienes y servicios o encaminadas a actores políticos y empresariales importantes como señales de predominio de una parte sobre la otra (López de Mesa, 2021, parr. 2).

Las farmacéuticas y la inmediatez de una cura pueden leerse como una figura del amo que determinó la diferencia entre la vida y la muerte en aquella época de crisis. El significativo “muerte” era inminente por el debilitamiento de las relaciones sociales. En la pandemia se destacaron dinámicas de aislamiento y de distancia, sin embargo, en este artículo se valora el surgimiento de avances tecnológicos y formas de relacionamiento que enmarcaron nuevos tipos de contacto.

Como lo indica el autor: “surgieron novedosas aplicaciones para los celulares, programas de videollamadas permitieron que el mundo de la educación y del trabajo logaran recuperar algunos de los espacios perdidos por la decisión de confinamiento en los hogares, cuyo objetivo era limitar el contacto social y romper la cadena de contagio del virus” (López de Mesa, 2021, parr. 7).

Este acontecimiento permite identificar cómo, en la actualidad, ciertas formas de organización social se encuentran cada vez más reguladas por discursos de seguridad que legitiman restricciones, controles y reorganizaciones del vínculo social. La pandemia representó un punto crítico en esta lógica, al instalar la salud y la protección como significantes centrales que orientaron decisiones políticas y prácticas colectivas. Los afectos predominantes en ese período como la angustia, el horror y el asombro se articularon con la irrupción de un real amenazante, transformándose progresivamente en expectativas de esperanza a medida que los avances científicos ofrecían respuestas al riesgo. Se hace interesante pensar cómo los sujetos encontraron nuevas formas de relacionamiento ante las barreras en el desarrollo de la vida cotidiana y productiva.

Al mismo tiempo, en otros campos de la vida colectiva se evidencia la centralidad de los afectos en la experiencia contemporánea. En el ámbito de la crisis climática, por ejemplo, diversos reportajes han mostrado cómo fenómenos como el calor extremo, las sequías y los desastres naturales impactan la salud mental. Un reportaje de *El País*, en la sección *América Futura*, muestra cómo en distintos contextos de América Latina el cambio climático incide de manera directa en la experiencia subjetiva y afectiva de las poblaciones. A partir de casos situados, el texto describe cómo las temperaturas récord y la amenaza del denominado “día cero” del agua generan fatiga, angustia y miedo en la vida cotidiana, llegando en algunos casos a desencadenar episodios de ansiedad aguda y ataques de pánico, especialmente en personas jóvenes expuestas de manera prolongada a la incertidumbre climática (Monsalve & Cuéllar, 2025, párrs. 2–6). Asimismo, el reportaje aborda los efectos psíquicos de los desastres climáticos extremos, como el huracán Otis, destacando la presencia de estados de shock, alerta permanente, dificultades para dormir y reactivación del trauma en las poblaciones directamente afectadas (párr. 7).

Más allá del impacto inmediato de estos eventos, el reportaje introduce la noción de duelo por la pérdida del territorio y del paisaje, particularmente en comunidades indígenas, donde el deterioro ambiental se vive como una forma de desarraigo y de solastalgia, acompañada de tristeza, impotencia y afectación del sentido de pertenencia (párrs. 14–15). Finalmente, el artículo señala que, junto a estos afectos de malestar, también emergen respuestas orientadas a la acción colectiva, en las que la participación comunitaria y el

activismo ambiental se configuran como fuentes de esperanza y como modos de tramitar subjetivamente el miedo y la angustia frente al futuro (párrs. 20–21).

Este conjunto de escenas, provenientes de distintos ámbitos de la experiencia contemporánea, pueden leerse como material discursivo que permite observar la producción y circulación de afectos en el espacio público. En este sentido, funcionan como soportes de problematización para interrogar la dimensión afectiva de la experiencia política.

Estas escenas muestran que los afectos no se restringen a situaciones excepcionales, a su vez atraviesan de manera estructural los modos contemporáneos de gestionar la incertidumbre, el riesgo y la amenaza en distintos campos de la vida colectiva.

En la actualidad, los afectos que circulan en el espacio público se articulan crecientemente con discursos de seguridad, tanto nacional como personal, orientándose hacia la producción de escenarios de protección, control y pacificación frente a amenazas que son presentadas como prioritarias. La forma en que estos afectos adquieren sentido público suele organizarse mediante una retórica de la securitización, en la cual determinados acontecimientos, actores o colectivos son presentados como una “amenaza existencial” (Buzan et al., 1998, p. 21, traducción propia), delimitando un “nosotros” que debe ser protegido y un “otro” frente al cual se legitiman intervenciones que implican “justificar acciones por fuera de los límites normales del procedimiento político” (Buzan et al., 1998, p. 24, traducción propia).

En este marco, la seguridad opera como una práctica discursiva, entendida aquí, en consonancia con la perspectiva psicoanalítica adoptada, como un modo de producción de sentido que organiza posiciones subjetivas y afectivas, en la medida en que el acto mismo de nombrar algo como amenaza produce los efectos afectivos y políticos que luego se invocan como su justificación. De este modo, el discurso participa activamente en la constitución del peligro que nombra, organizando circuitos de miedo, hostilidad, adhesión o demanda de protección que retroalimentan la eficacia del propio dispositivo securitario.

Si bien los afectos pueden nombrarse de maneras distintas según el contexto y la época, las dinámicas de aislamiento y división, visibilizadas e intensificadas durante el confinamiento, permanecen presentes como huellas en la experiencia social contemporánea. Aunque estas formas de polarización y fragmentación del lazo social no son exclusivas del contexto de la pandemia, las condiciones propias del confinamiento, caracterizadas por el aislamiento físico, la intensificación de la interacción mediada por tecnologías digitales y la centralidad del discurso mediático, contribuyeron a reconfigurar e intensificar ciertas modalidades de confrontación y distanciamiento entre posiciones políticas.

En este sentido, López de Mesa (2021) plantea que la “nueva realidad” instaurada durante la pandemia se prolonga y deja huellas en el tejido social, por lo que dicha formulación resulta coherente si se entiende en clave de persistencias o efectos duraderos (p. 8). Desde esta perspectiva, la pandemia puede leerse como un momento de intensificación y visibilización de procesos de división ya presentes en el espacio público, más que como su punto de partida. En consecuencia, el lenguaje utilizado en contextos de conflicto por actores políticos se refleja en noticieros y medios de comunicación, donde se evidencia el debilitamiento del lazo social entre sujetos cada vez más divididos para fines convenientes y partidistas.

Esta lógica se extiende también al espacio de las redes sociales, donde la circulación de afectos tiende a intensificarse y a polarizarse. Una nota de *El HuffPost* que reseña un estudio sobre interacciones en la red social X señala que aproximadamente una de cada cuatro respuestas a publicaciones del presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, contiene lenguaje o imágenes agresivas, y que el anonimato y la inmediatez favorecen la expresión de hostilidad y reducen la cortesía comunicativa (Redacción HuffPost & Europa Press, 2025). En este sentido, el informe advierte que existe “una polarización y una escalada de la agresividad donde los usuarios tienden a imitar o superar el tono agresivo de otros, reforzando la hostilidad colectiva” (Redacción HuffPost & Europa Press, 2025, párr. 3). A partir de este reporte, puede interpretarse que los insultos, las descalificaciones y los memes hostiles contribuyen a consolidar patrones de confrontación colectiva, de modo que

afectos como el odio y el desprecio operan como expresiones que se organizan y se potencian en una escena política mediada por plataformas digitales.

Las noticias de mayor relevancia a nivel global suelen construir los conflictos mediante esquemas dicotómicos que oponen actores, valores y responsabilidades, presentando a cada parte como portadora de principios como la justicia, la libertad o la soberanía. Esta operación responde a lo que Entman conceptualiza como *framing*: un proceso mediante el cual los medios seleccionan y jerarquizan ciertos aspectos de la realidad para definir el problema, atribuir causas, promover evaluaciones morales y sugerir líneas de interpretación (Entman, 1993, p. 52). Ahora bien, este encuadre orienta la circulación de afectos políticos, al intensificar identificaciones que estructuran el lazo social en clave de antagonismo. En este sentido, el discurso tiende a movilizar afectos como el miedo, el odio, la indignación, configurando posiciones subjetivas que se alinean con una narrativa de “nosotros” frente a “ellos”. Esta lógica se evidencia en la cobertura mediática de conflictos de alta visibilidad como la guerra entre Ucrania y Rusia, la situación en Gaza o las tensiones entre Irán e Israel, donde los marcos interpretativos producen modos específicos de afectación y posicionamiento frente a los acontecimientos.

Un reportaje publicado por *BBC News* muestra cómo determinadas decisiones y declaraciones de líderes políticos, como las atribuidas a Donald Trump en relación con la identidad militar estadounidense, operan como estrategias discursivas orientadas a proyectar fuerza y autoridad, reactivando significantes asociados a la guerra y la confrontación. Como señala Debusmann Jr. (2025), en dicho reportaje, el cambio de nombre del Departamento de Defensa al de Departamento de Guerra busca “proyectar fuerza y determinación” (par. 2), lo que permite leer esta modificación como una operación discursiva que redefine la relación entre el Estado, la violencia legítima y la ciudadanía.

En esta misma línea, las tensiones internacionales permiten observar cómo el discurso político no opera únicamente en el plano simbólico, también puede articularse con efectos concretos en el campo de la acción geopolítica y en la intensificación de los climas afectivos que sostienen la lógica del conflicto. El ataque ruso a Ucrania, ocurrido pocas horas después de que Donald Trump emitiera declaraciones críticas contra Vladimir Putin, ilustra esta articulación entre palabra, poder y acontecimiento. Un reporte de *BBC News*

Mundo señala que “Ucrania sufre el mayor ataque aéreo ruso desde el inicio de la guerra”, con el despliegue masivo de drones y misiles sobre distintas ciudades, en un contexto marcado por el endurecimiento del intercambio discursivo entre ambos líderes (Gozzi, 2025, párr. 1).

Este tipo de episodios permite pensar que el lenguaje político no solo encuadra la realidad, en el sentido planteado por los estudios sobre *framing*, a su vez participa activamente en la producción y circulación de afectos que, aunque remiten a la posición subjetiva de los sujetos, se caracterizan por ser efecto del discurso, tales como el miedo, la hostilidad y la sensación de amenaza. En este sentido, estos afectos pueden derivar en fenómenos colectivos como la polarización, las formas de identificación política y la intensificación de las dinámicas de confrontación en la escena política contemporánea.

La proximidad temporal entre estas declaraciones y la ofensiva militar sugiere que el lenguaje político, lejos de ser un mero acompañamiento retórico, puede operar como un detonante o un modulador de las respuestas militares. Estos se traducen en efectos que impactan directamente sobre los cuerpos y territorios.

En esta misma lógica, el reportaje de *Euronews* sobre la guerra de desinformación entre Israel e Irán permite observar cómo las tecnologías contemporáneas intensifican la capacidad del discurso para producir efectos - afectivos. El artículo señala que las tecnologías de inteligencia artificial, por su capacidad para simular la realidad, han “aumentado la complejidad de la escena, dejando al público vulnerable a la manipulación” (Zein, 2025, párr. 1). Asimismo, describe que, tanto en el espacio virtual como en el terreno, las redes sociales se configuran como un ámbito privilegiado para “combatir al enemigo”, donde las noticias falsas o engañosas “se extienden como la pólvora”, favoreciendo la rápida circulación de imágenes, videos y relatos que distorsionan los hechos (Zein, 2025, párr. 2). En este marco, la desinformación aparece explícitamente ligada a estrategias de propaganda orientadas a “influir en la percepción de la audiencia”, incluso mediante el uso de ejércitos cibernéticos y herramientas automatizadas de producción de contenidos (Zein, 2025, párr. 4).

Conviene señalar que los ejemplos provenientes de fuentes periodísticas se abordan como textos que condensan significantes, narrativas y posicionamientos afectivos, que resultan pertinentes para una lectura crítica desde el psicoanálisis y la filosofía política.

En este sentido, la palabra se convierte en un acto que incide en la configuración misma del conflicto, poniendo en evidencia el discurso como práctica inscrita en relaciones de poder y en estrategias de confrontación. En *Microfísica del poder*, Foucault subraya que el poder no se reduce a la voluntad de los gobernantes ni se agota en los aparatos del Estado, este se ejerce en múltiples puntos e instancias de la vida social; en sus términos: “Por todas partes en donde existe poder, el poder se ejerce” (Foucault, 1979, p. 83). Desde esta perspectiva, el discurso participa en el propio ejercicio del poder, en la medida en que hace visible aquello que opera como opaco o silenciado: “nombrar, decir quién ha hecho, qué, designar el blanco, es una primera inversión del poder” (Foucault, 1979, p. 84).

Si el poder se ejerce en lo cotidiano a través de prácticas y discursos, entonces el problema se desplaza hacia cómo esos discursos anudan identificaciones y afectos en el lazo social. El discurso, en esta perspectiva, produce efectos de poder, pero aquí se entiende en el sentido propuesto por el psicoanálisis lacaniano, como una estructura que organiza el lazo social y regula los modos de goce de una época. Es desde el psicoanálisis que se vuelve posible leer esos efectos en su incidencia afectiva, allí donde el sujeto resulta alcanzado en su cuerpo y en su relación con el goce. Los discursos políticos se configuran, así como potentes productores de afectos que, aunque remiten a la posición del sujeto, no se alojan en una interioridad subjetiva, circulan socialmente, se adhieren a determinados objetos, narrativas y orientan las formas de identificación en el lazo social.

En este punto, la referencia freudiana resulta central, en la medida en que Freud sitúa la identificación como ‘la forma más temprana y primitiva del enlace afectivo’ (Freud, 1921/2018, p. 40), subrayando que el lazo social se organiza a partir de operaciones afectivas libidinales.

Desde esta perspectiva, los afectos que circulan en los discursos políticos contemporáneos exceden la idea de respuestas inmediatas a los acontecimientos o de

simples representaciones del estado de ánimo colectivo, se presentan como fuerzas sociales que intervienen en la configuración de posiciones subjetivas frente al Otro.

Posteriormente, advierte Dossena (2018): cuando un sujeto atribuye un afecto a una determinada representación esto siempre representa algo engañoso. Por lo que será preciso interrogarse sobre qué cosa dice ese afecto más allá de lo que el sujeto pueda señalar en primera instancia. (p. 246)

Esta advertencia permite desplazar la mirada desde el contenido manifiesto del afecto hacia las condiciones discursivas y subjetivas que lo producen y lo sostienen en el lazo social.

Desde esta perspectiva, lo “engañoso” se remite al límite propio de la nominación afectiva, en la medida en que aquello que el sujeto identifica como miedo, indignación u esperanza no alcanza a dar cuenta de lo que se juega a nivel inconsciente, ni de los modos en que tales afectos se articulan con las narrativas políticas que lo atraviesan.

Entonces, resulta pertinente interrogar aquellos afectos que se ponen en juego en la relación con los discursos del poder, lo que aquí se propone pensar bajo la noción de afectos políticos, entendida en este trabajo como una noción que designa aquellos afectos que, al articularse con los discursos políticos, inciden en la configuración de identificaciones y posicionamientos subjetivos en el lazo social.

Entre estos afectos pueden situarse, por ejemplo, el miedo, la indignación, la esperanza o el odio, que aparecen con frecuencia en la escena política contemporánea y participan en la organización de identificaciones colectivas. En contraste, otros afectos menos investigados, permiten interrogar con mayor precisión la relación entre afecto, discurso y posición subjetiva; entre ellos, la vergüenza, cuya especificidad será retomada más adelante como vía para profundizar la articulación entre afectos, ética y política.

Esta problematización se articula a partir de una perspectiva psicoanalítica que, desde Freud, señala que los afectos pueden engañar con respecto a su causa. Desde esta orientación, los afectos políticos pueden entenderse como efectos de los discursos políticos de una época, pero se considera que en ellos también está presente la posición del sujeto.

La angustia, sin embargo, se distingue radicalmente de este funcionamiento. Retomando la formulación de Lacan en *El seminario, libro 10*, Soler subraya que la angustia es el afecto que “no engaña” porque, a diferencia de los otros afectos, no se desplaza: permanece anclada a su causa. De ahí que Lacan pueda afirmar que la angustia no es enemiga de la prueba, aunque se trate de una certeza, una “atroz certeza”, que no pasa por el pensamiento ni por la dialéctica del sentido (Lacan, 2008, p. 173; Soler, 2011, pp. 26). La angustia indica así la irrupción de un real que no se deja absorber por el significante, funcionando como índice, y no como representación de aquello que concierne al sujeto en lo más íntimo.

Desde esta perspectiva, la angustia adquiere un valor epistémico singular al ser el único afecto que permite una aprehensión de lo real allí donde el discurso fracasa en su pretensión de ordenarlo todo. Como señala Soler (2011), la angustia tiene la función de “revelar lo que el significante no puede reprimir: un real” (p. 27), lo que permite pensar este afecto como una vía privilegiada para interrogar la posición del sujeto frente a aquello que desborda la mediación del significante. En este punto, el afecto se convierte en un operador decisivo para la lectura ética de la experiencia subjetiva.

Desde este marco, la noción de afectos políticos permite interrogar cómo los discursos del poder movilizan afectos que orientan identificaciones en el lazo social, así como los modos en que ciertos afectos, en tanto engañosos, son promovidos, neutralizados o desplazados cuando amenazan con poner en cuestión el orden simbólico vigente. Al mismo tiempo, la referencia a la angustia como afecto de excepción introduce una coordenada ética fundamental, en la medida en que señala un punto donde el sujeto se confronta con un real que no puede ser plenamente capturado por el discurso. Esta tensión orienta la pregunta y la justificación de la presente investigación, al abrir el interrogante por aquellos afectos políticos que, lejos de operar como señuelos del sentido, permiten leer una posición ética del sujeto en la contemporaneidad.

En continuidad con la contextualización anterior, el interés por abordar este problema teórico surge de la necesidad de interrogar el modo en que el lenguaje, entendido aquí en el sentido lacaniano como la estructura significante que precede y constituye al sujeto y, la noción de discurso que introduce Lacan, incide en la constitución subjetiva y en

la organización del lazo social contemporáneo. Este trabajo parte de una premisa fundamental: el discurso no logra dirigir ni capturar la totalidad de la experiencia subjetiva, en la medida en que persiste una dimensión singular que no se deja absorber por los significantes dominantes.

En ese punto se ubica la orientación ética de la investigación. El análisis no se limita a examinar los efectos de los discursos del poder sobre las identificaciones colectivas, también de delimitar aquello que, en cada sujeto, resiste a dicha captura y no se deja reducir al sentido. Desde una perspectiva situada y crítica, el problema se formula en el modo en que los afectos políticos operan tanto como vectores de adhesión y alineamiento discursivo, señalando puntos de ruptura donde emerge lo singular, abriendo una vía para pensar la responsabilidad subjetiva. En consecuencia, los afectos orientan modos específicos de implicación subjetiva y, con ello, configuran formas de subjetividad acordes a los mandatos del discurso del amo.

Ahora bien, pese a la creciente atención que han recibido los fenómenos afectivos en el campo de las ciencias sociales, no se identifica en la literatura un concepto sistematizado de *afectos políticos* elaborado desde la perspectiva del psicoanálisis. La expresión *afectos políticos* que se emplea aquí se remite a una noción de trabajo en construcción, orientada a pensar aquellos afectos que emergen en articulación directa con los discursos del poder, con los significantes que organizan el campo de lo común y con las modalidades de lazo social que estos promueven. La justificación del estudio se apoya, así, en la posibilidad de elaborar desde el psicoanálisis una aproximación conceptual a dichos afectos, precisando sus implicaciones éticas. Bajo esta orientación, la articulación entre psicoanálisis y política adquiere un lugar central.

El psicoanálisis permite concebir los afectos como efectos del discurso, en la medida en que el sujeto mismo se constituye como efecto del significante en el campo del Otro. Lacan precisa que “el Otro es el lugar donde se sitúa la cadena del significante” (Lacan, 1964/2006, p. 211), subrayando que se trata de una estructura simbólica que antecede y orienta la constitución subjetiva. En esta misma lógica, sostiene que “al producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir al sujeto de su significación” (Lacan, 1964/2006, p. 214), lo que permite situar al sujeto como efecto de una operación

discursiva. Desde esta coordenada, los afectos pueden leerse como modos singulares en que el cuerpo del sujeto resulta afectado por su inscripción en la trama significativa, dando cuenta del modo en que cada uno se enlaza al Otro y a las coordenadas simbólicas que organizan su experiencia.

Proponer el término *afectos políticos* implica, en este contexto, nombrar y problematizar aquellos afectos que se ponen en juego allí donde el lazo social es trabajado por prácticas discursivas que no se reducen a la comunicación de contenidos. En efecto, Lacan recuerda que “todos saben que la política consiste en negociar” a los mismos sujetos “llamados ciudadanos” (Lacan, 1964/2006, p. 12), lo que permite situar la escena política como un dispositivo de intercambio y de administración de posiciones. Desde esta perspectiva, se trata de interrogar su función en tanto efectos de una praxis que incide sobre lo real del vínculo: una praxis es “una acción concertada por el hombre, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico” (Lacan, 1964/2006, p. 14). Así, los afectos que circulan en el discurso político pueden leerse como índices del modo en que cada sujeto queda parcialmente capturado por esas operaciones simbólicas que organizan el lazo social, sin que ello agote la dimensión singular que resiste a dicha captura.

De este modo, el estudio del lenguaje como dispositivo de poder y de afectación adquiere relevancia tanto teórica como política, especialmente para el psicoanálisis, en la medida en que permite interrogar la forma en que el discurso incide sobre el goce del sujeto. Indagar en los efectos-afectos del discurso político y mediático no supone afirmar que lo social determine plenamente lo singular; por el contrario, implica abrir una lectura crítica sobre los límites de dicha incidencia y sobre aquello que, en cada sujeto, resiste a ser capturado por los significantes dominantes. Esta perspectiva permite cuestionar la naturalización de afectos como el miedo, el odio o la resignación, que suelen presentarse como respuestas inmediatas cuando, en realidad, se trata de afectos producidos discursivamente. La interrogación por los afectos políticos apunta, así, a delimitar en qué condiciones dichos afectos pueden devenir puntos de inflexión subjetiva, capaces de introducir una respuesta no plenamente alineada con los mandatos del discurso del amo, abriendo la pregunta por la dimensión ética del sujeto.

Este artículo propone una revisión teórica que articula aportes del psicoanálisis y de la filosofía política para examinar la relación entre afectos, discurso y política.

En última instancia, esta investigación se justifica en la medida en que busca contribuir a la elaboración de una noción de *afectos políticos* situada en el campo del psicoanálisis, capaz de dar cuenta de la articulación entre afecto, discurso y lazo social desde una perspectiva ética que preserve la singularidad del sujeto. En este marco, el objetivo del artículo es analizar los afectos políticos presentes en el discurso contemporáneo con el fin de identificar algunos que permiten dar cuenta de la dimensión ética del sujeto. En este contexto, el problema de investigación puede formularse en la siguiente pregunta: ¿Cuáles afectos políticos permiten dar cuenta de una dimensión ética del sujeto en la contemporaneidad? Plantear esta interrogación implica examinar el estatuto de los afectos en su relación con los discursos del poder y con las modalidades de implicación subjetiva que estos promueven. Establecida esta justificación, el problema exige ser abordado desde un marco teórico que permita pensar conjuntamente discurso, afecto y lazo social, sin reducirlos a explicaciones psicológicas ni a descripciones normativas del campo político.

El enfoque teórico de la presente investigación se sitúa en el cruce entre el psicoanálisis y la filosofía política. En este marco, la noción de *afectos políticos* se asume como una categoría de trabajo en construcción, elaborada a partir de la articulación entre cuatro ejes conceptuales: política, afectos, discurso y sujeto, y de la lectura conjunta de los autores convocados. Esta articulación parte de concebir la política como un campo discursivo en el que se producen significaciones, identificaciones y afectos que organizan el lazo social.

En primer lugar, el análisis de la escena contemporánea se sitúa en el contexto de las transformaciones sociales posteriores a la pandemia de la COVID-19, caracterizadas por la centralidad de la seguridad, el control y la mediación tecnológica de los vínculos. Diversos análisis sobre la reorganización social posterior a la pandemia han señalado el fortalecimiento de discursos centrados en la gestión del riesgo, la vigilancia y la protección como elementos estructurantes de las prácticas sociales contemporáneas. En este sentido, algunos textos de carácter contextual, como el editorial de López de Mesa (2021), permiten

señalar de manera general ciertas reconfiguraciones en la dinámica social reciente, particularmente en lo que respecta a la creciente presencia de discursos sobre el riesgo, la protección y la reorganización de los vínculos sociales en entornos mediados tecnológicamente. Más que constituir un referente teórico en sentido estricto, este tipo de materiales funcionan aquí como indicadores del clima discursivo en el que se inscriben las transformaciones analizadas. Este marco se complejiza con los discursos mediáticos en torno a los conflictos y la desinformación trabajados en la contextualización. De este modo, el campo de la política y del discurso aparece como el espacio privilegiado en el que se producen y circulan determinados modos de afectación colectiva.

Sobre este trasfondo, la investigación se orienta por el psicoanálisis para precisar el estatuto de esos afectos. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921/2018) permite concebir los lazos colectivos como sostenidos en dependencias afectivas e identificaciones inconscientes más que en acuerdos puramente racionales, y lo formula del siguiente modo:

“Experimentamos así la impresión de hallarnos ante una situación en la que el sentimiento individual y el acto intelectual personal son demasiado débiles para afirmarse por sí solos, sin el apoyo de manifestaciones afectivas e intelectuales análogas de los demás individuos. Esto nos recuerda cuán numerosos son los fenómenos de dependencia en la sociedad humana normal, cuán escasa originalidad y cuán poco valor personal hallamos en ella y hasta qué punto se encuentra dominado el individuo por las influencias de un alma colectiva, tales como las propiedades raciales, los prejuicios de clase, la opinión pública, etcétera”
(Freud, 1921/2018, p. 51).

Esta indicación permite pensar que toda configuración política implica una determinada economía de afectos, en la medida en que el sujeto se sostiene en un entramado de dependencias libidinales y de influencias colectivas. Esta lógica encuentra una formalización estructural en la enseñanza de Lacan (1969–1970/2008), al formalizar

los discursos como estructuras que organizan el lazo social, subraya que “cualquier determinación de sujeto, así pues, de pensamiento, depende del discurso” (p. 163), situando al sujeto en una posición estructural respecto del discurso y de sus modalidades de poder. En continuidad con esta perspectiva, Dossena (2018) destaca que el afecto, tal como el sujeto lo nombra, conserva siempre un rasgo de engaño, en la medida en que no alcanza a dar cuenta de todo lo que está en juego a nivel inconsciente, lo que orienta la hipótesis de que los llamados *afectos políticos* deben leerse como índices de una articulación particular entre sujeto, discurso y poder.

La elaboración conceptual se desarrolla, además, a partir de los aportes de Colette Soler y Hannah Arendt, permitiendo articular de manera más precisa los afectos con la ética y la política. Soler (2011), retomando la enseñanza de Lacan, insiste en que no se trata de “retornar a una clínica del afecto”, sino de “precisar lo que, del inconsciente, el lenguaje y el discurso, determina los afectos” (p. 15), subrayando su estatuto de efectos de discurso y la dimensión ética implicada en su lectura.

Desde la filosofía política, Arendt (1995/1997) concibe la política como un ámbito en el que la acción y la palabra configuran un espacio de aparición entre los hombres, en el que “los humanos sólo son libres mientras actúan, nunca antes ni después, porque ser libre y actuar es una y la misma cosa” (p. 165). Esta concepción permite entender el discurso político como el lugar en el que los sujetos se exponen, se inscriben y se responsabilizan ante otros, de modo que los afectos que allí se ponen en juego pueden considerarse también como indicios de su posición en el espacio público y del modo en que cada sujeto responde éticamente a ese lazo.

A partir de esta contextualización, se busca precisar las coordenadas teóricas desde las cuales es posible pensar la articulación entre afectos, discurso y política. En lugar de abordar los fenómenos contemporáneos desde una lógica descriptiva, el presente trabajo propone un recorrido conceptual que permita interrogar el estatuto de los afectos como efectos de discurso y como operadores del lazo social. En este sentido, el desarrollo argumentativo se organiza a partir de una articulación entre la filosofía política y el

psicoanálisis, con el fin de delimitar los puntos de tensión, convergencia y ruptura que permiten una lectura ética de los afectos políticos.

Marco metodológico

El presente artículo adopta un enfoque de revisión teórica con orientación hermenéutica, adecuado a un trabajo cuyo objetivo es la elaboración y problematización conceptual de la noción de *afectos políticos* y de su posible articulación con una dimensión ética del sujeto. Desde esta perspectiva, la revisión teórica se orienta a reconstruir el estatuto de los conceptos implicados (política, afectos, discurso, sujeto y ética), así como a examinar sus desplazamientos, tensiones y efectos de sentido en la lectura de la experiencia política contemporánea.

En cuanto al contenido teórico, se consideran como fuentes primarias los textos que constituyen el núcleo conceptual de la investigación: *Psicología de las masas y análisis del yo* de Sigmund Freud (1921/2018), *El seminario, libro 17: El reverso del psicoanálisis* de Jacques Lacan (1969–1970/2008, 7.ª ed., Paidós), *¿Qué es política?* de Hannah Arendt (1995/1997), *Los afectos lacanianos* de Colette Soler (2011) y el trabajo de Dossena (2018) sobre afectos y ética. Asimismo, se incorpora como referencia de contextualización el editorial de López de Mesa (2021), que introduce algunas reflexiones generales sobre las transformaciones sociales y geopolíticas asociadas a la pandemia, en tanto permite situar el marco contemporáneo en el que emergen significantes como seguridad y riesgo.

De manera complementaria, se incorporan fuentes secundarias provenientes de la teoría de la securitización (Buzan et al., 1998), del análisis del encuadre mediático (Entman, 1993), así como aportes sobre discurso y poder (Foucault, 1979). Estos textos permiten ampliar su alcance hacia una comprensión del discurso político y mediático como dispositivo de producción de subjetividades, de organización del lazo social y de circulación de afectos colectivos.

En esta investigación, la noción de discurso toma como referente a Jacques Lacan y su formalización de los discursos como estructuras que organizan el lazo social y que

regulan el goce. Sin embargo, esta reflexión teórica se ha servido de otros referentes y disciplinas.

El procedimiento de lectura adoptado se organiza en un movimiento intratextual y extratextual. Por un lado, se realiza una lectura intratextual de los escritos teóricos centrales, orientada a delimitar y articular los conceptos de política, afectos, discurso, sujeto y ética desde su propio entramado conceptual, atendiendo a sus formulaciones, desplazamientos y efectos teóricos. Por otro lado, se despliega una lectura extratextual que pone en diálogo estos desarrollos con escenas discursivas contemporáneas.

Las escenas periodísticas se seleccionan por su circulación pública, su relevancia en el debate contemporáneo y su capacidad de condensar significantes políticos tales como seguridad, enemigo, amenaza y protección, así como los afectos que se articulan a dichos significantes. Estos materiales funcionan como soportes discursivos que permiten observar, en una escala situada, los modos contemporáneos de producción, circulación y captura de afectos en el espacio público.

En términos epistémicos, el autor se sitúa en una perspectiva crítica e interpretativa, que asume al psicoanálisis, particularmente desde Freud, Lacan y Soler, como eje teórico central, en articulación con la filosofía política de Arendt. Esta posición busca interrogar los efectos del discurso del poder sobre los afectos, las identificaciones y el lazo social, atendiendo a sus implicaciones éticas.

Desde esta orientación, el análisis reconoce tanto las determinaciones discursivas que atraviesan a los sujetos como el lugar de la singularidad subjetiva en la manera en que cada uno responde frente a aquello que lo afecta. Este encuadre metodológico permite, finalmente, sostener una lectura que apunta a precisar las condiciones en las que los afectos son índice de una posición del sujeto frente al discurso y al goce.

Concepto de política

Hannah Arendt (1995/1997) formula una crítica a la tradición filosófica que, desde Platón hasta la modernidad, tendió a reducir lo político a una dimensión instrumental. En

dicha tradición, “si algo tiene que ver con la libertad es únicamente en el sentido de que ésta es su fin, es decir, algo fuera de la política y para lo que la política es sólo un medio” (p. 1), de modo que lo político queda concebido como un instrumento orientado a la consecución de un fin exterior a él. Según la autora, esta perspectiva “ha hablado del hombre y sólo tangencialmente se ha ocupado de la pluralidad” (p. 14), lo que conduce a una comprensión de la política que, paradójicamente, termina por desdibujar su especificidad.

En contraste con esta tradición, Arendt sostiene que lo político encuentra su fundamento en la existencia concreta de los hombres en plural. Así lo afirma: “La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres. Dios ha creado al hombre, los hombres son un producto humano, terrenal, el producto de la naturaleza humana” (p. 45). La pluralidad, entendida como condición irreductible de la vida humana, constituye así el núcleo mismo de lo político.

Esta condición remite al reconocimiento de sujetos singulares que se muestran en la interacción, más que a una simple coexistencia numérica o a la homogeneización de los individuos bajo funciones sociales o roles predeterminados. En palabras de Arendt (1995/1997), “la condición indispensable de la política es la irreductible pluralidad que queda expresada en el hecho de que somos alguien y no algo” (p. 21). Desde esta perspectiva, la política se distingue de lo social. Mientras que lo social puede pensarse, en términos generales, como el ámbito en el que se organizan y gestionan las necesidades de la vida y ciertas regularidades de la conducta, lo político se define por la exposición de los sujetos ante otros en un espacio común. Esta distinción resulta decisiva para el problema aquí abordado, en la medida en que permite situar a la política como un campo de aparición en el que la palabra y la acción producen efectos de subjetivación y de afectación, más allá de su comprensión como una instancia meramente administrativa.

En coherencia con lo anterior, el sentido de la política se sitúa en la libertad que se realiza en la acción política misma. Arendt lo expresa de forma explícita: “el sentido de la política es la libertad” (p. 61). En consecuencia, la libertad aparece inscrita en la actividad política, antes que como un fin externo hacia el cual esta se orienta.

Finalmente, Arendt (1995/1997) subraya que la acción y la palabra en el espacio público permiten la manifestación de la singularidad de quien actúa. En esta línea, afirma: “El descubrimiento del ‘quién’, en contraposición al ‘qué’ es alguien, está implícito en todo lo que este alguien dice y hace” (p. 21). Lo político aparece, así como un ámbito en el que algo nuevo puede surgir a partir del encuentro con otros, haciendo de la libertad una condición efectiva de la vida en común.

Desde este marco, concebir la política como espacio de aparición, pluralidad y libertad permite interrogar los modos en que los sujetos se ven afectados en ese ámbito compartido. Las escenas políticas concretas están atravesadas por promesas, amenazas, llamados a la unidad o discursos de confrontación que organizan acciones y decisiones colectivas, y a su vez producen determinados modos de afectación que orientan la posición del sujeto frente a los otros, las instituciones y el poder. A partir de aquí, se vuelve necesario precisar qué se entiende por afectos y de qué manera estos pueden pensarse, desde el psicoanálisis, como efectos de discurso implicados en la experiencia política, cuestión que abre el desarrollo del apartado siguiente.

Los afectos según el psicoanálisis

La psicoanalista francesa Colette Soler (2011), en su obra *Los afectos lacanianos*, retoma el término afecto y precisa su alcance conceptual subrayando la ambigüedad que lo caracteriza:

Fue popularizado en el psicoanálisis por Freud, quien lo retomaba de una tradición filosófica alemana anterior para designar un estado agradable o penoso en el eje placer–displacer ligado a los avatares de la pulsión. Es interesante la ambigüedad del término, pues se aplica tanto al cuerpo como al sujeto. Del primero se dirá que es afectado por sensaciones o enfermedad, mientras que el segundo es afectado por estados de humor, buenos o malos. (Soler, 2011, p. 7)

Esta ambigüedad no debe entenderse como un defecto conceptual; más bien señala un punto estructural de articulación entre cuerpo y el sujeto. El afecto puede comprenderse entonces como una vía para pensar el modo en que el cuerpo del sujeto es afectado en su relación con el goce. En esta medida, el afecto se inscribe como efecto de determinaciones inconscientes y discursivas, y queda situado en relación con la experiencia subjetiva.

La formulación permite desplazar el afecto fuera de una lógica introspectiva y situarlo directamente en el campo del lazo social. El afecto señala el modo en que el sujeto se encuentra enlazado al Otro. Desde esta perspectiva, los afectos remiten al campo de las relaciones, allí donde el sujeto se expone a los otros y a las coordenadas simbólicas que organizan la vida en común. En este sentido, la dimensión política de los afectos puede leerse en los efectos que se producen en el lazo social y en las posiciones y actos a los que conducen en el espacio común.

En las formaciones colectivas, los afectos se articulan estructuralmente con los procesos de identificación que sostienen el lazo social. Esta lectura permite abordar los fenómenos colectivos más allá de una simple agregación de respuestas individuales, situando el afecto como un operador que da cuenta de la consistencia o de la fragilidad del vínculo entre los sujetos. La enseñanza de Freud resulta fundamental. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, el autor muestra que los lazos colectivos se sostienen en identificaciones libidinales y que su ruptura se relaciona con la caída de los soportes simbólicos que organizan dichas identificaciones.

Es precisamente en este marco donde la noción de pánico adquiere su valor teórico. Freud advierte que “por cierto, que la palabra ‘pánico’ no posee una determinación precisa e inequívoca” (Freud, 1921/2018, p. 31), indicando que el fenómeno debe comprenderse como un índice de la ruptura del vínculo identificatorio que cohesionaba a la masa. El problema se sitúa así en la relación entre el afecto, el sentido y las coordenadas simbólicas que sostienen el lazo colectivo. El afecto señala entonces un punto de desajuste del discurso, allí donde las identificaciones fallan y el vínculo con los otros pierde consistencia.

Esta lectura se profundiza a partir de los desarrollos de Lacan en el Seminario 17, donde el autor formaliza los discursos como estructuras que organizan el lazo social, el goce y las posiciones subjetivas. A diferencia del uso habitual del término en el análisis

político o mediático, el discurso designa aquí una estructura formal que articula lugares, saber y goce en el lazo social. En este marco, el discurso aparece como una estructura que ordena las posiciones del sujeto y regula la circulación del goce. Los afectos pueden leerse, entonces, como respuestas del sujeto al modo en que cada discurso articula el saber, distribuye lugares y establece una determinada economía de goce. Lacan subraya que el discurso organiza las posiciones subjetivas y la economía del goce al afirmar que “determina una cierta economía de goce” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 18). Desde esta perspectiva, los afectos se muestran como índices del modo en que el sujeto queda capturado, o no, por los mandatos del discurso. El afecto señala así la forma en que el goce es regulado, desviado o desbordado en el lazo social.

La vergüenza, por ejemplo, introduce una dimensión específica en esta problemática, en la medida en que supone la confrontación del sujeto con su propia exposición ante los otros. Cuando este afecto se produce, el sujeto se ve implicado en la escena del discurso de un modo que no puede reducirse a la simple identificación con un colectivo o con una narrativa dominante. Por ello, la vergüenza puede funcionar como un índice de esa implicación ética del sujeto, cuestión que será retomada más adelante al examinar su estatuto en la contemporaneidad. Ciertos afectos pueden facilitar la captura del sujeto por el discurso del poder, reforzando identificaciones y neutralizando la interrogación por la responsabilidad. Otros, en cambio, señalan un punto de hiancia, de incomodidad o de no coincidencia con el sentido dominante, abriendo la posibilidad de una separación respecto de los mandatos del discurso del amo. La interrogación por los afectos políticos apunta así a delimitar las condiciones en que un afecto permite leer una toma de posición del sujeto frente a la política, entendida como espacio de discurso, de acción y de responsabilidad en el lazo con otros.

Esta orientación se precisa aún más cuando Soler introduce explícitamente el problema ético en la teoría lacaniana de los afectos. En el capítulo *No sin ética*, la autora sostiene que Lacan esclarece el afecto en relación con lo real, al reconocer en la angustia “el afecto de lo real” y al afirmar que se trata del “afecto tipo de todo advenimiento de real” (Soler, 2011, p. 62). Con ello, el afecto queda situado como respuesta a una coyuntura estructural, más que como simple contenido psicológico: “se trata de decir a qué responde

el afecto; porque si el afecto es efecto, no puede tratarse más que por medio de aquello que lo determina.” (Soler, 2011, p. 62)

La posición de Lacan, subraya Soler, se distingue precisamente por concebir el lenguaje como operador, y no únicamente como un medio de comunicación: “Lacan pertenece a ese siglo, pero es el único que hace del lenguaje un operador” (Soler, 2011, p. 62). A partir de allí, puede afirmarse que “el lenguaje produce efectos” y que Lacan fue casi único en su siglo en cuanto a “la operatividad del lenguaje que afecta al individuo viviente, quien resulta su sujeto” (Soler, 2011, p. 63). Esta operatividad del significante se inscribe como una marca de la relación del sujeto con la estructura simbólica que lo determina.

Sin embargo, esta determinación no implica un automatismo estructural. Soler (2011) lo enuncia de manera explícita: “la estructura no es sinónimo de determinismo, y el sujeto no es la marioneta de esta estructura a la cual, sin embargo, no escapa”. Incluso si se admite “lo universal del efecto del lenguaje y las presiones colectivizantes del discurso”, los afectos “siempre son particulares, propios de cada cual” (p. 63). De ahí que el afecto pueda leerse como índice de una posición del sujeto: “El afecto es esencialmente la connotación característica de una posición del sujeto en relación a las líneas necesarias, que le impone, como tal, su envoltura en el significante” (p. 64).

Esta precisión resulta decisiva para el pasaje hacia el campo político. Si el discurso ejerce “presiones colectivizantes” (p. 63), es decir, si organiza el lazo social y orienta identificaciones, los afectos que circulan en lo público pueden abordarse como efectos de esas presiones y, al mismo tiempo, como marcas singulares de la posición del sujeto frente a ellas. En este punto se abre la dimensión ética: el afecto revela tanto las determinaciones estructurales como la posición singular del sujeto frente a ellas. Por ello, “los afectos implican la ética del sujeto”, entendida como “una posición con respecto a lo real” (p. 64). Con estas coordenadas, la intersección entre política y afectos puede formularse de manera rigurosa: la cuestión no se limita a identificar los afectos políticos en el discurso contemporáneo, sino de qué posición del sujeto dan cuenta.a

Intersección entre la política y los afectos: dimensión ética

La articulación entre política y afectos adquiere una dimensión ética específica cuando se considera el modo en que el sujeto se posiciona frente a las exigencias del lazo social, allí donde el discurso instituye identificaciones, segregaciones y modalidades de goce. Desde Freud, esta cuestión se hace visible en la forma en que la vida en común exige renuncias y produce malestar. En su texto *El malestar en la cultura*, Freud afirma que “el hombre civilizado ha trocado una parte de sus posibilidades de felicidad por una parte de seguridad” (Freud, 1930/2018, p. 79), formulación que sitúa el significante de seguridad como operador del lazo social y de la economía afectiva. En contraste con este diagnóstico, algunos análisis contemporáneos han señalado un desplazamiento en la relación entre libertad y seguridad. Bauman (2014), en *El retorno del péndulo*, sostiene que esta relación no se estabiliza en un equilibrio definitivo, sino que adopta la forma de una oscilación histórica entre ambas. Como afirma el autor, “la libertad y la seguridad no pueden sobrevivir una sin la otra, pero tampoco pueden convivir en paz”, por lo que la historia social se organiza en un movimiento pendular entre estas dos exigencias (Bauman & Dessal, 2014, pp. 19–21).

Este intercambio entre renuncia y protección incide directamente en la economía de goce y, por esa vía, en la economía de los afectos. El sujeto se constituye en esa pérdida, y los afectos pueden leerse como índices del modo en que cada quien tramita la tensión entre el empuje del goce y las restricciones impuestas por el Otro social. Cuando estos afectos se articulan alrededor de significantes como seguridad, amenaza, enemigo o protección, se inscriben plenamente en el campo político, dando cuenta de posiciones subjetivas frente al lazo colectivo.

Freud permite además precisar que la hostilidad hacia el otro responde a una disposición estructural que se activa en la vida social ordinaria: “los grupos étnicos afines se repelen recíprocamente” y esta conducta “revela una disposición al odio y una agresividad, a las cuales podemos atribuir un carácter elemental” (Freud, 1921/2018, p. 36). Al mismo tiempo, Freud muestra que dicha intolerancia puede modificarse en la formación de masas: “toda esta intolerancia desaparece... en la masa” cuando se produce una

“restricción del narcisismo”, que “no puede ser provocada sino por un solo factor: por el enlace libidinoso a otras personas. El egoísmo no encuentra un límite más que en el amor a otros” (Freud, 1921/2018, p. 36). Esta doble indicación, agresividad elemental y posibilidad de restricción por lazo libidinal, resulta crucial para pensar la política contemporánea como escena de producción, intensificación o desvío de afectos en función de discursos que construyen un “nosotros” y un “otro”.

Desde la enseñanza de Lacan, esta problemática se reformula en términos de discurso y saber. En el *Seminario 17*, Lacan (1969–1970/2008) describe el pasaje del discurso del amo antiguo al amo moderno señalando una “modificación en el lugar del saber”: lo que ocupa el lugar dominante es un “todo saber”, nombrado incluso como “burocracia”, desplazamiento que revela “el núcleo de la nueva tiranía del saber” (p. 31). En esta perspectiva, el discurso organiza las posiciones del sujeto en el lazo social y regula la circulación del goce. Cuando la seguridad se convierte en un imperativo discursivo, el saber aspira a gestionar el riesgo, clasificar amenazas y legitimar mecanismos de control, produciendo afectos de adhesión, temor u hostilidad que reconfiguran las formas contemporáneas del vínculo social.

Es en este punto donde la dimensión ética adquiere su relevancia. La ética, desde el psicoanálisis, remite a la responsabilidad del sujeto respecto de su posición frente al discurso y frente al goce que lo atraviesa. En efecto, como señala Lacan, el sujeto no domina plenamente el lenguaje, ya que “nosotros somos sus empleados. El lenguaje nos emplea” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 228). De ahí que la cuestión ética no pueda pensarse fuera de la posición que el sujeto asume frente a los significantes que lo determinan. Interrogar los afectos políticos implica examinar qué lugar ocupa el sujeto en relación con ellos: si se adhiere plenamente a los significantes que los organizan, si reproduce las narrativas dominantes o si introduce una distancia que permita una respuesta singular.

Esta interrogación puede articularse con la perspectiva de Hannah Arendt, para quien la política se constituye como un espacio de aparición sostenido por la acción y la palabra entre los hombres. Si “el sentido de la política es la libertad” (Arendt, 1997, p. 61) y si el descubrimiento del “quién” está implícito en lo que alguien dice y hace (Arendt, 1997, p. 21), la dimensión ética de los afectos políticos se vincula con la responsabilidad

que implica ocupar un lugar en ese espacio público. En este sentido, lo político de los afectos se vuelve visible en sus efectos en el lazo con los otros: en las posiciones que suscitan, en las identificaciones que promueven y en las consecuencias que las palabras y los actos producen en el campo común.

Desde esta articulación, los afectos políticos pueden leerse como indicadores de una posición ética del sujeto en el lazo social. En este sentido, ciertos afectos pueden adquirir un valor particular porque dan cuenta de la posición ética de un sujeto, que es siempre una posición singular. La vergüenza, por ejemplo, introduce una dimensión ética, en la medida en que supone la confrontación del sujeto ante la mirada del Otro. Cuando este afecto se produce, el sujeto se ve implicado en la escena del discurso de un modo que no puede reducirse a la simple identificación con un colectivo o con una narrativa dominante. Por ello, la vergüenza puede funcionar como un índice de la posición ética del sujeto en el lazo social, cuestión que será retomada más adelante al examinar su estatuto en la contemporaneidad. Algunos afectos pueden facilitar la captura del sujeto por el discurso del poder, reforzando identificaciones y neutralizando la interrogación por la responsabilidad; otros, en cambio, pueden señalar un punto de hiancia, de incomodidad o de no coincidencia con el sentido dominante, abriendo la posibilidad de una separación respecto de los mandatos del discurso del amo. En este sentido, la interrogación por los afectos políticos apunta a delimitar las condiciones en que un afecto permite leer una toma de posición del sujeto frente a la política, entendida como espacio de discurso, de acción y de responsabilidad en el lazo con otros.

Reflexión final y aperturas

El recorrido argumentativo desarrollado hasta aquí permitió sostener que los afectos políticos se configuran como efectos de discurso que inciden en la organización del lazo social y en la posición del sujeto frente al Otro. En este marco, la pregunta por la dimensión ética de dichos afectos condujo a interrogar el modo en que cada afecto señala una determinada relación del sujeto con el discurso que lo produce.

En este punto, la referencia a la angustia permitió situar un afecto de excepción, en tanto índice de lo real que no se deja absorber por el significante y que introduce una hiancia respecto del sentido dominante. Sin embargo, este no es el único afecto que, desde el psicoanálisis, permite leer una posición ética del sujeto. En continuidad con esta problemática, y como resultado del recorrido teórico realizado, se vuelve pertinente introducir la vergüenza como un afecto que, aunque escasamente tematizado en el discurso político contemporáneo, ofrece coordenadas decisivas para profundizar la articulación entre afectos, ética y política.

A lo largo del trabajo se propuso la noción de afectos políticos como una categoría de trabajo en construcción, orientada a pensar aquellos afectos que emergen en articulación directa con los discursos del poder y con los significantes que organizan el campo de lo común. Desde la filosofía política de Hannah Arendt, se delimitó la política como espacio de aparición sostenido por la palabra y la acción, mientras que, desde el psicoanálisis, se precisó que los afectos no remiten a una interioridad psicológica, sino a efectos de discurso que comprometen el cuerpo, el goce y la posición subjetiva.

La lectura freudiana permitió situar el papel de las identificaciones libidinales en la vida colectiva, así como la función de los afectos en la consistencia o fragilidad del lazo social. A su vez, la formalización lacaniana de los discursos hizo posible pensar los afectos como índices del modo en que el sujeto se inscribe en una determinada estructura discursiva y en la economía de goce que esta impone. En este marco, los afectos políticos se revelan como operadores privilegiados para leer también los modos en que el sujeto consiente o se separa de los mandatos del discurso del amo.

Es precisamente en esta línea donde la introducción de la vergüenza adquiere relevancia conceptual. Tal como subraya Colette Soler, la vergüenza es un afecto “eminente social” y más ligado al inconsciente que otros afectos, en la medida en que “supone una revelación sorpresiva del ser del sujeto a la mirada del otro” (Soler, 2011, p. 86). A diferencia de la angustia, que se articula con la inminencia de lo desconocido, la vergüenza se produce por la emergencia inesperada de un rasgo íntimo, generalmente ligado al deseo o al goce, que queda expuesto en la escena del Otro.

Soler señala que los desarrollos más consistentes de Lacan sobre la vergüenza se encuentran hacia el final del *Seminario 17*, donde el autor introduce la expresión “morir de vergüenza” y afirma que “morir de vergüenza es un efecto que raramente se consigue” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 194). En ese mismo pasaje, Lacan sostiene que “es una vergüenza, como dice la gente, que debería producir una vergonzontología, escrita por fin correctamente” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 195), desplazando la vergüenza del registro moral hacia una interrogación estructural sobre el vínculo entre significante y discurso.

Este desplazamiento permite pensar la vergüenza como un afecto que se transforma históricamente según la constitución discursiva. En este sentido, Lacan señala que “un punto esencial del sistema es la producción, la producción de la vergüenza. Esto se traduce: es el impudor” (Lacan, 1969–1970/2008, pp. 205–206). De este modo, la aparente ausencia de la vergüenza en el discurso político contemporáneo puede leerse no como su desaparición, sino como su inversión o desplazamiento en formas de cinismo. En lugar de operar como un límite que introduce una interrogación sobre la posición del sujeto frente al Otro, la vergüenza aparece degradada en modalidades de impudor que neutralizan su potencial ético. Esta transformación resulta particularmente significativa para el problema aquí abordado, en la medida en que permite interrogar de qué manera ciertos afectos políticos pueden señalar o, por el contrario, obturar una posición ética del sujeto frente al discurso del poder.

El recorrido teórico desarrollado a lo largo de este artículo ha permitido delimitar la noción de *afectos políticos* como una categoría de trabajo situada en el cruce entre psicoanálisis y filosofía política. A partir de los aportes de Freud, Lacan, Soler, Arendt y Dossena, se ha sostenido que los afectos – efectos del discurso dan cuenta del modo en que el sujeto se enlaza al Otro y al lazo social. En este sentido, los afectos políticos han sido abordados como operadores que permiten leer tanto los procesos de identificación colectiva promovidos por los discursos del poder como los puntos en los que emerge una dimensión ética irreductible a dichos mandatos.

Uno de los principales hallazgos conceptuales de la investigación consiste en haber precisado que no todos los afectos cumplen la misma función en relación con el discurso. Mientras que ciertos afectos, como el miedo, la indignación o la esperanza, pueden operar

como señuelos que facilitan la adhesión del sujeto a narrativas dominantes, otros introducen una hiancia en el orden del sentido. En este marco, la enseñanza de Lacan, retomada por Soler, ha permitido subrayar el estatuto singular de la angustia como afecto que “no engaña” y como índice de un real que no se deja absorber por el significante, lo que abre una vía privilegiada para pensar la ética del sujeto más allá de la adaptación al lazo social.

Es a partir de este punto que la vergüenza adquiere relevancia como afecto decisivo para el cierre del recorrido. Lejos de constituir un estado pasajero o que se evita a toda costa, la vergüenza se presenta, tanto en Lacan como en Soler, como un afecto eminentemente social y estructural, estrechamente ligado al significante amo y a las modalidades históricas del discurso. Como señala Lacan en *El reverso del psicoanálisis*, “morir de vergüenza es el único afecto de la muerte que merece” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 195), subrayando que la vergüenza es el único afecto que conserva una genealogía segura, en tanto desciende de otro significante.

Sin embargo, Lacan advierte que en la contemporaneidad se produce una transformación radical en la economía de la vergüenza. “Morir de vergüenza es un efecto que raramente se consigue” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 195), lo que da lugar a una forma específica de afectación que Soler conceptualiza como *vergüenza por vivir*. Esta vergüenza ya no se articula con el honor ni con la posibilidad de inscribirse en un significante amo consistente, se vincula a la degradación de dicho significante en el marco del discurso universitario y, más ampliamente, del discurso capitalista. En este contexto, Lacan señala que “un punto esencial del sistema es la producción, la producción de la vergüenza. Esto se traduce: es el impudor” (Lacan, 1969–1970/2008, pp. 205–206).

Desde una lectura clínica, este desplazamiento resulta crucial. El impudor no designa la desaparición de la vergüenza, da cuenta de su retorno bajo una forma degradada, correlativa de un debilitamiento de las referencias simbólicas que antes operaban como límite. Allí donde la vergüenza ya no vela el goce ni sostiene una inscripción subjetiva, emerge la exposición sin resto, el decir sin resguardo y el cinismo como modalidad defensiva frente a un real que no encuentra anudamiento. Tal como lo formula Soler, la vergüenza es “el afecto de la revelación de lo éxtimo”, aquello que concierne al ser del sujeto sin poder ser plenamente simbolizado (Soler, 2011, pp. 86–87). En este sentido, su

aparente ausencia en el discurso político contemporáneo puede leerse como índice de una transformación discursiva más profunda, y no como una superación ética.

Este punto permite articular de manera más precisa la tesis central del artículo: los afectos políticos pueden funcionar como indicadores de la posición ética del sujeto frente al discurso del poder. Mientras que el impudor tiende a neutralizar la pregunta por la responsabilidad, una vergüenza que no se reduzca a la mera vergüenza por vivir, una vergüenza que haga existir el real en juego puede abrir la posibilidad de una toma de posición subjetiva distinta. Como sugiere Lacan, “avergonzarse por no morir de vergüenza daría tal vez un tono distinto, el tono de que lo real está preocupado” (Lacan, 1969–1970/2008, p. 198).

En cuanto a los límites del análisis, conviene señalar que este trabajo no pretende agotar la complejidad de los afectos políticos ni ofrecer una tipología cerrada de los mismos. Al tratarse de una revisión teórica, el análisis se apoya en escenas discursivas contemporáneas leídas como textos, sin avanzar hacia un estudio sistemático de prácticas políticas concretas. Asimismo, la articulación entre vergüenza, impudor y discurso político abre interrogantes que exceden el alcance del presente artículo y que requerirían desarrollos específicos.

Estas consideraciones abren, precisamente, nuevas líneas de indagación. Resulta pertinente preguntarse, por ejemplo, cómo se manifiestan clínicamente las formas contemporáneas de vergüenza en sujetos atravesados por discursos políticos y mediáticos que promueven la exposición permanente.

Finalmente, las repercusiones del análisis se extienden tanto al campo clínico como al ético-político. Desde el psicoanálisis, la vergüenza se revela como un afecto privilegiado para leer la relación singular del sujeto con el discurso y con el goce, especialmente en un contexto donde el significante amo se encuentra degradado. Desde lo social y lo político, interrogar los afectos políticos permite cuestionar la naturalización de ciertas formas de adhesión y de violencia simbólica, introduciendo la pregunta por la responsabilidad subjetiva en el espacio público. En este sentido, la noción de afectos políticos, tal como se ha elaborado aquí, apunta a abrir un campo de lectura donde lo ético se juega en la manera

en que cada quien responde a aquello que lo afecta, allí donde el discurso ya no puede decirlo todo.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (1997). *¿Qué es política?* (R. Sala Carbó, Trad.). Letrae. (Trabajo original publicado en 1995).

Bauman, Z., & Dossal, G. (2014). *El retorno del péndulo: Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido*. Fondo de Cultura Económica.

Buzan, B., Wæver, O., & de Wilde, J. (1998). *Security: A new framework for analysis*. Lynne Rienner Publishers.

Debusmann Jr., B. (2025). Trump ordena cambiar el nombre del Departamento de Defensa de EE. UU. por Departamento de Guerra. *BBC News Mundo*.

<https://www.bbc.com/mundo/articles/c4gvlpdmv1o>

Dossena Martínez, G. A. (2018). Los afectos en la experiencia psicoanalítica: una dimensión ética. En *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXV Jornadas de Investigación, XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.

<https://www.aacademica.org/000-122/417>

El HuffPost. (2025). Un estudio avisa de la escalada de agresividad en redes: una de cada cuatro respuestas a Sánchez son agresivas. *El HuffPost*.

<https://www.huffingtonpost.es/politica/un-estudio-avisa-escalada-agresividad-redes-cuatro-respuestas-sanchez-son-agresivasbr.html>

Entman, R. M. (1993). Framing: Toward clarification of a fractured paradigm. *Journal of Communication*, 43(4), 51–58. <https://fbaum.unc.edu/teaching/articles/J-Communication-1993-Entman.pdf>

Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. La Piqueta.

Freud, S. (2018). *Psicología de las masas y análisis del yo* (Obra original publicada en 1921). Biblioteca Virtual OMEGALFA.

Freud, S. (2018). *El malestar en la cultura* (Obra original publicada en 1930). Amorrortu.

Gozzi, L. (2025, 9 de julio). Ucrania sufre el mayor ataque aéreo ruso desde el inicio de la guerra horas después de que Trump lanzara duras críticas contra Putin. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/articulos/c39z47jxm8wo>

Lacan, J. (2006). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Obra original publicada en 1964). Paidós.

Lacan, J. (2008). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.

Lacan, J. (2008). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis* (Obra original publicado en 1969–1970). Paidós.

López de Mesa, J. O. (2021). Cambios y nueva dinámica social en el mundo contemporáneo. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 16(1), 7–11. <https://doi.org/10.18359/ries.5714>

Monsalve Sánchez, M. M., & Cuéllar, A. (2025, 11 de abril). Ansiedad por calor y duelo por la pérdida de tierras: el cambio climático nos manda a terapia. *El País*. <https://elpais.com/america-futura/2025-04-11/ansiedad-por-calor-y-duelo-por-la-perdida-de-tierras-el-cambio-climatico-nos-manda-a-terapia.html>

Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Letra Viva.

Zein, E. (2025, 19 de junio). La guerra de desinformación entre Israel e Irán: las noticias falsas más destacadas. *Euronews*. <https://es.euronews.com/2025/06/19/la-guerra-de-desinformacion-entre-israel-e-iran-las-noticias-falsas-mas-destacadas>